

ria producida por el golpe militar en 1966 y funda la importante *Revista de Derecho Penal y Criminología*.

Pese a sus vicisitudes académicas, Asúa dejó interesantes discípulos en Argentina, algunos de los cuales, como Enrique Bacigalupo, terminaría asimilándose satisfactoriamente en la propia España.

Sin embargo, la incidencia de Asúa no se restringió al ámbito argentino, pues profesó temporariamente en otras casas de estudio; muchas de ellas le otorgaron el grado de doctor honoris causa o lo declararon miembro honorífico. También dio a conocer numerosos trabajos en las revistas más especializadas de Europa y América, aportando además estudios específicos sobre la legislación penal en otras regiones del planeta (América Latina, España, Alemania, Unión Soviética, etcétera)¹⁸. Diversos tributos conmemorativos le fueron rendidos por autores caracterizados de distintas partes del mundo¹⁹.

Para no transformar esto en un ditirambo necrológico, cabe añadir que Jiménez de Asúa ha incursionado a veces con menos fortuna por otros andariveles culturales, a saber, la cuestión universitaria, donde trasuntó un dejo mental elitista²⁰. Siguiendo planteamientos orteguianos, se expidió contra la proliferación de universidades, contra la posibilidad de organizar una casa de estudios superiores que trascienda lo que él concebía como modelo universalista:

La universidad... no es propiamente argentina, ni es uruguaya, ni peruana, ni cubana, ni siquiera europea; es universal... no pueden ser concebidas de ese modo que muchos han querido, como si pretendieran extraer del mate o del poncho una universidad inédita hasta ahora.

Y si bien deplora el modelo universitario norteamericano, despóticamente regido por los comerciantes y las «fuerzas vivas», propone adoptar la modalidad europea, por considerar que reúne dichos requisitos esencialistas. El esquema básico ideal sería para él la relación existente entre un alumno receptor y un docente transmisor. Inconsecuentemente con ello, se impugnan enfoques tan poco radicalizados como los de Francisco Ayala sobre la universidad, por contemporizar «en exceso con la masa» —inculpada de receptiva— y convertir a la primera en un «reducto de vulgaridades». De ahí que se concluya sosteniendo una postura inmovilizadora: «Prefiero mil veces que el hijo de un metalúrgico sea un *buen* obrero, como su padre, que verle convertido... en cirujano *improvisado*».

Por último, cabe destacar el hecho de que Luis Jiménez de Asúa, que había sido el primer vicepresidente de las Cortes hacia 1936, asumió en 1962 desde Buenos Aires las funciones de presidente de la República Española en el exilio hasta el momento de su muerte, acaecida en dicha ciudad ocho años después.

¹⁸ Una bibliografía bastante exhaustiva de la producción de Asúa fue incorporada al tomo séptimo de su Tratado de derecho penal (1970).

¹⁹ Véanse, por ejemplo, AA. VV., Luis Jiménez de Asúa en México (*Academia Mexicana de Ciencias Penales*, 1943), Estudios jurídicos en homenaje al profesor L. J. de A. (*Buenos Aires*, A. Perrot, 1964), Homenaje al profesor J. de A. (*Buenos Aires*, Comisión de Homenaje, 1965) y Problemas actuales de las ciencias penales (*Buenos Aires*, Pannedille, 1970).

²⁰ La universidad argentina y sus problemas (*Santa Fe*, Univ. Nac. del Litoral, 1958) pp. 5, 32-3.

III. Abad de Santillán

Sinesio Baudillo García Fernández, más conocido por el seudónimo Diego Abad de Santillán, tuvo una existencia apasionada y apasionante.

En 1905, a los ocho años de edad, ingresa en la Argentina junto a sus humildes padres, experimentando los contrastes abismales entre su pueblo —una aldea leonesa— y la gran metrópoli porteña: «Era como si se nos hubiese transportado bruscamente, sin transición ni adecuación previa, del medievo a la era moderna, a la de los primeros automóviles y los primeros tranvías eléctricos»²¹.

Sin embargo, no consigue disfrutar de todo ese progreso, pues se instala muy precariamente con su familia en Santa Fe, asistiendo al principio a la escuela primaria pero debiendo abocarse de inmediato a buscar el sustento en distintos oficios. Sin importarle el pasar material ni la voluntad paterna y acuciado por el afán de saber, prosigue estudiando en una escuela nocturna y luego en un establecimiento comercial.

En 1912 regresa a España para continuar sus estudios. Allí cursa el bachillerato y entra a la Facultad de Filosofía de Madrid. Cinco años más tarde es arrestado y en la cárcel completa su formación libertaria, publicando por entonces su primer escrito: *La psicología del pueblo español*.

Retorna a la Argentina (1919) y funda la revista *España Futura*, de escasa vida. En medio de crecientes ataques nacionalistas, comienza a colaborar en la más importante tribuna ácrata del país, *La Protesta*, haciéndose eco de los duros conflictos gremiales protagonizados por la clase obrera.

1922: viaja a Alemania como periodista anarquista, procurando seguir la carrera médica. Interviene en congresos y ayuda a crear la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT).

Hacia 1926, ingresa por tercera vez en la Argentina, en una época que, como él graficó, se veía la revolución social «a la vuelta de la esquina»; aunque pronto advendría, contrario sensu, un cuartelazo militar que reprimiría brutalmente a la oposición y al movimiento obrero. Dicha asonada, contra el gobierno constitucional de Hipólito Yrigoyen, fue anticipada por el propio Santillán en varias notas editoriales, alertando en vano sobre la necesidad de una organización preventiva. Antes de ello, en mayo de 1929, participa activamente en el congreso auspiciado en Buenos Aires por la Asociación Continental de los Trabajadores.

Corriendo su vida un serio peligro, Santillán logra escapar al Uruguay, donde se preocupa por canalizar la deportación de numerosos militantes extranjeros que habían sido expulsados por el gobierno de facto en la Argentina.

Para junio de 1931 se traslada a Madrid e interviene en el Congreso Extraordinario de la Confederación Mundial del Trabajo, en el cual renacía la C.N.T. hispana. Radicándose por un tiempo en España, sentirá una fuerte nostalgia por lo que había dejado atrás:

²¹ D. Abad de Santillán, *Memorias* (Barcelona, Planeta, 1977) p. 19.

A pesar del grandioso espectáculo del movimiento obrero español, que resurgía con tantos valores auténticos, oradores de toda talla, propagandistas sugestivos, organizadores magistrales, educadores siempre, no podía apartar la atención obsesiva de la situación que había dejado en la Argentina, de la obligación moral de hacer todo lo que fuese posible en favor de los millares de presos de la dictadura²².

Vuelve entonces a Montevideo y allí recibe la noticia sobre la enfermedad de una hermana y decide retornar, con todos los riesgos del caso, al suelo argentino, donde procurará reflotar en vano *La Protesta*.

Debe huir nuevamente de ese país y decide comprometerse con el fascinante proceso democrático que se vivía en su patria natal, donde no parecían haberse debilitado las fuerzas capaces de llevar adelante la «gran revolución palingenésica y jacobina», fervientemente transmitida de una generación a otra. Allí dirigirá el semanario *Tierra y Libertad*, edita la revista *Tiempos Nuevos* y participa de lleno en la Confederación Nacional del Trabajo y en la Federación Anarquista Ibérica. Producida la sublevación franquista, se pone al frente del Comité de Milicias Antifascistas y ocupa la Consejería de Economía de la Generalidad de Cataluña. Finalizada la contienda, se dirige nuevamente a la Argentina para desplegar un titánico trabajo intelectual que reseñaremos a continuación²³.

Antes de examinar su producción posterior a la Guerra Civil, debe citarse el trabajo sobre la Federación Obrera Regional Argentina, organización anarquista fundada en 1901 —unos cuantos años antes de su homóloga española (la CNT)— y que tuvo una vigencia combativa durante varias décadas. Santillán describió empáticamente y de un modo pionero (1932) los principios y medios que guiaban a la FORA (comunismo económico, libertad política, federalismo y antiestatismo, sindicalismo, eticismo, huelga general, boicot, sabotaje, etcétera), así como su potencial humano y material (500.000 afiliados, publicaciones y bibliotecas esparcidas en toda la república). En relación al anarquismo, Santillán también ha contribuido, con sus traducciones, al conocimiento en español de autores clásicos y contemporáneos fundamentales para esa orientación.

Santillán realiza un giro temático hacia 1944 para ocuparse de *El pensamiento político de Roosevelt*, al cual reivindica pese a objetarle su despreocupación por la causa republicana de su tierra:

Los españoles que iniciamos el 19 de julio de 1936 la guerra contra las fuerzas nazi-fascistas y que hemos sido forzados en marzo de 1939 a arriar una bandera gloriosa de liberación española y mundial, no debemos nada al presidente Franklin D. Roosevelt y nada debemos al pueblo de la Unión. Un hombre que ha tenido palabras de honda simpatía humana para los etíopes, para los chinos, para los judíos, para los negros; que ha revelado una comprensión poco común de tantos problemas de la hora; que puede jactarse de sus vastos conocimientos relativos a la geografía mundial, ha cerrado, al parecer, los ojos del corazón ante un hecho trascendental: la guerra de España en 1936-39. Ni siquiera ha tomado nota de la tragedia de un millón de refugiados españoles antifascistas en los campos de concentración de Francia y África del Norte, aun cuando el problema de los refugiados fue estudiado por iniciativa suya en Evian, en Londres y en Washington mismo (p. 19).

²² *Ibidem*, p. 156.

²³ *Algunos otros aspectos biográficos de Santillán, en su De Alfonso XIII a Franco (Buenos Aires, Tea, 1974)*.

Con todo, rescata globalmente diversas medidas del estadista norteamericano:

La Segunda Guerra Mundial que puso un alto a sus creaciones nacionales, ha encontrado en él a su portavoz supremo; pero el abanderado de las cuatro libertades y de la Carta del Atlántico está enteramente ya en sus experiencias del New Deal, en su lucha contra la estrechez mental de la Suprema Corte de los Estados Unidos, en sus campañas de divulgación de los problemas básicos del país, en su animación de empresas heroicas como la de Warm Springs, la del valle de Tennessee, la de la seguridad social, la imposición de los contratos colectivos, etcétera (p. 20).

Dicho libro fue llamativamente prologado por el presidente del Instituto Cultural Argentino-Norteamericano.

Cabe preguntarse por la coherencia ideológica de Santillán, que aquí parece reconocer virtudes al *Welfare State*, cuando en más de una ocasión, si bien se opuso a la violencia como táctica liberadora, adhirió a la necesidad de reemplazar sustancialmente el sistema de la apropiación privada, desechando todo intento reformista. Así en un mensuario de estudios sociales que aquél dirigía a fines de los 40, insistirá en sus convicciones fundamentales:

No arriamos la bandera. Pocos o muchos, continuaremos clamando que el socialismo no es un movimiento de adaptación al capitalismo y al Estado capitalista, que los trabajadores son hermanos y que deben sentirse solidarios por encima de todas las fronteras y alentar la conciencia que no sólo deben luchar por la propia liberación, sino por la liberación de la humanidad entera²⁴.

Más adelante, el mismo Santillán, desde un órgano libertario efectuaría una suerte de autocritica a algunas actitudes del pasado:

La revista, lo mismo que el diario, lo mismo que la editorial, era para nosotros una trinchera y desde ella combatíamos imperturbables, lloviese o tronase, sanos o enfermos. Todo lo que estaba fuera de nuestra trinchera era malo o falso; el adversario, el que no estaba a nuestro lado, era alguien con el cual debíamos combatir sin tregua, sin pararnos a medir distancias y graduaciones, pues el que no estaba con nosotros estaba contra nosotros... Se nos había metido entre ceja y ceja que un movimiento anarquista que no estuviese fundido y confundido con el movimiento obrero tenía que ser estéril... Estamos convencidos de que la verdad, la absoluta verdad no es monopolio de nadie, y tampoco, por consiguiente, es monopolio nuestro. El progreso social, moral, intelectual, no puede y no debe ser fruto de minorías selectas, sino resultado del esfuerzo y la comprensión de todos²⁵.

El autor extrae entonces el siguiente corolario: «La superación de las clases sociales, herencia nefasta de amos y esclavos, de ricos y pobres, no puede lograrse más que por el trabajo, por la organización profesional de la sociedad... Por el trabajo, obligación, deber ineludible, se llega sin violencia a la comunidad; por el trabajo de todos y para todos podemos cegar las trincheras, todas las trincheras»²⁶.

Más allá de las dificultades que presenta la concepción política de Santillán, su obra adquiere por momentos un relieve ciclópeo y casi inexplicable para un solo individuo, sobre todo si sopesamos los enormes obstáculos que tuvo que sortear para llevarla a cabo, tanto por su agitada vida pública como por las pérdidas sucesivas que sufrió su

²⁴ «El dilema y la tragedia de nuestra época», *La Campana*, mayo 1948, p. 8.

²⁵ «Una mirada al pasado», *Reconstruir* 72, 1971, pp. 4-5.

²⁶ *Ibidem*, p. 9.

patrimonio bibliográfico, al tener que desprenderse en diversas ocasiones de sus bibliotecas o al comprobar que sus libros fueron convertidos en cenizas por el fuego policial. Más aun que en los casos anteriores, puede recurrirse aquí el símil unamuniano de que cada español posee el empuje de toda una institución.

En tal sentido, Santillán ha sobresalido en el rubro de las obras de referencias e integrales, aplicadas al fenómeno argentino.

El primer aporte sustancial que efectuó a ese terreno lo constituye su *Gran Enciclopedia Argentina*, un esfuerzo realmente monumental: ocho tomos cercanos a las cinco mil páginas y con un amplísimo espectro temático que incluye no sólo la vida humana en sus facetas más variadas sino también el mundo mineral, vegetal y animal. Dicho trabajo, cuya publicación concluyó en 1963, ha prestado mucha utilidad, sirviendo de fuente inspiradora para que en otras naciones se acometieran empresas similares. Sin embargo, en el primer tomo Santillán pecó de exagerado optimismo al augurar a esa obra una proyección que en realidad no tuvo tal como al menos fue prevista por él, en función de un venturoso porvenir argentino que el tiempo se encargaría de refutar²⁷.

Como complemento específico a esa obra panorámica, salieron dos volúmenes más, circunscriptos a la provincia de Santa Fe, que representan una muestra de gratitud hacia todo lo que había recibido Santillán de esa especie de «patria chica» que fue dicha provincia para él.

Con esa apoyatura informativa, sumada a la compulsiva que él mismo realizó en algunos centros de documentación nacionales y extranjeros, estuvo en condiciones de preparar una extensa *Historia Argentina* (cinco volúmenes) —desde la etapa prehispánica en adelante. Varios especialistas le aportaron diversos datos y observaciones. Si bien buena parte de esos contribuyentes fueron de extracción conservadora, Santillán también contó con el asesoramiento de algunos colegas progresistas, como el historiador intelectual Arturo Andrés Roig. Más allá de los aciertos y desaciertos conceptuales que en ella se encierran, uno de los rasgos más novedosos para ese tipo de obras consistió en la inclusión del desenvolvimiento cultural y social —junto a los frecuentes enfoques políticos.

Nos encontramos finalmente con el frondoso *Diccionario de Argentinismos* (1976). En él Santillán se valió de un sinnúmero de fuentes y procedencias, suministrando otro relevante servicio a la heurística local.

Con todo, para conocer el propio diagnóstico de Santillán sobre la Argentina y sus posibilidades deben apelarse a otro tipo de trabajos suyos, verbigracia, aquellos más recientes donde ensaya enunciados polémicos que parecen distanciarlo de sus posturas más características:

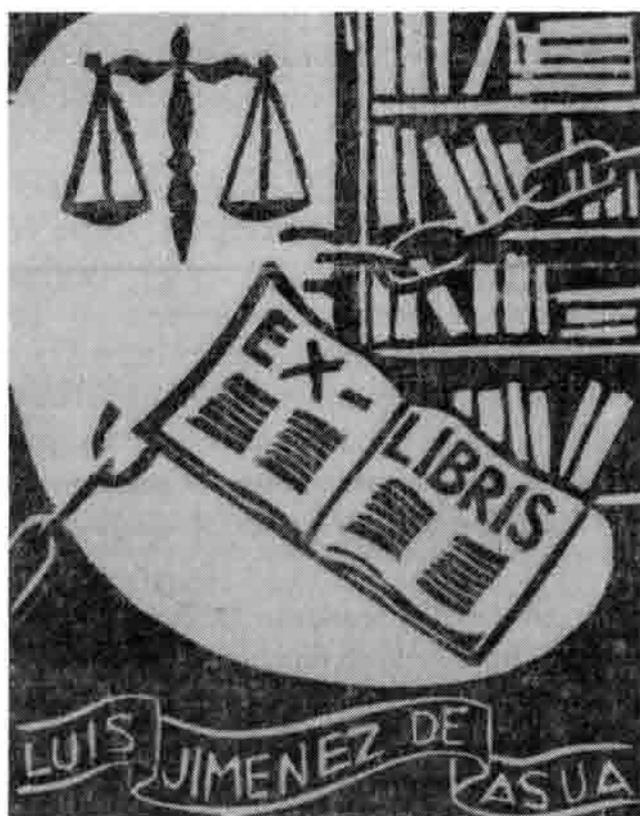
Hasta aquí todo fue sacrificado al crecimiento de la capital, hoy el gran Buenos Aires de ocho millones y medio de habitantes, y la incompatibilidad ayer tolerable, hoy es una condena por tiempo indeterminado a la inseguridad y a la impotencia. Una salida podría hallarse en el traslado de la capital, con su poderosa máquina burocrática, a alguna región adecuada... donde quedaría en mejores condiciones para mirar a otro destino, el de una integración al continente

²⁷ Gran Enciclopedia Argentina, tomo 1 (Buenos Aires, Ediar, 1956), prefacio.

americano, al que volvió la espalda, porque el gran puerto le señaló como meta Europa, y se olvidó de lo que un día fue parte de su vida: Bolivia, Paraguay, Chile, Uruguay, incluso Perú.

Abad de Santillán, a diferencia de los otros autores abordados, alcanzó a divisar los destellos de la transición democrática en España, donde finalmente se extingue un 18 de octubre de 1983, tras haber recibido diferentes reconocimientos y distinciones en su tierra e incluso fuera de ella —como el que se le tributó en México por su *Historia de la Revolución*. En Argentina, donde tanto se prodigó, todavía está faltando algún agasajo equivalente.

Hugo E. Biagini



Xilografía de Gladys Echegaray
(Buenos Aires, 1962)